

posibilidades de éxito de las mujeres en sus carreras, la autora apuesta por implementar una ética feminista del cuidado que genere una mejor investigación científica. Las y los investigadores/as invertirán bien su tiempo, dando lugar a mejores resultados de investigación y, en consecuencia, a una mejor gestión de su salud personal y relacional, fundamental para el rendimiento científico desde la reflexión y el análisis pausado.

El capítulo séptimo, «Notas finales y propuestas para el cambio efectivo y afirmativo en la Academia», es un epílogo en el que la directora del volumen repasa los contenidos y resultados de las investigaciones que conforman este libro. Se hace eco de las transformaciones que se deben dar en las instituciones científicas para el acceso de las mujeres a la misma, así como para que otras formas de investigar y plasmar los resultados sean tenidas en cuenta y conformen la «economía y sociedad del futuro» (2018: 209). Toda la reflexión final lleva a la socióloga e investigadora principal del proyecto GENERA a concluir el libro con treinta y dos recomendaciones y propuestas de cambio. Estas propuestas son imprescindibles para generar un modelo de ciencia y tecnología más inclusivo, ético, reflexivo y equitativo que no limite el acceso de las mujeres en cualquier fase de su carrera científica.

Bajo mi punto de vista, este libro no solo nace para explorar la realidad del modelo científico que obstaculiza las carreras de las mujeres en ciencia, sino para producir toda una batería de propuestas que transformen los patrones patriarcales examinados en la obra. Estas propuestas vienen edificadas desde un análisis científico interdisciplinar, atravesado enteramente por el ya ineludible enfoque de género en ciencia. Las distintas investigadoras e investigaciones que aquí convergen muestran un panorama muy revelador de la necesidad de abordar una investigación feminista desde distintas miradas y perspectivas. Asimismo, aportan claves basadas en sus trabajos empíricos, que evidencian la prioritaria tarea de reflexionar sobre la hegemónica y patriarcal producción del saber, así como su correlato en la gestión de la ciencia y la tecnología.

por M. Aránzazu ROBLES SANTANA
aranrsantana@gmail.com

La interacción social. Escritos en homenaje a José Ramón Torregrosa

José Luis Álvaro Estramiana (coord.)

(Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2018)

En la potente universidad alemana de finales del siglo XIX y comienzos del XX se hicieron costumbre los homenajes, en vida, a académicos de trayectoria ejemplar. Constituían una muestra de respeto y admiración que tomó la forma de *liber amicorum. Festschrift* es el término que hizo fortuna para designar este tipo de libros, primero en Alemania, después en

Estados Unidos y ahora en todas partes. Volúmenes armados con la contribución de personas distintas, a veces distantes, pero unidas en el deseo de honrar al homenajeado.

El Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), la mejor editora de textos sociológicos del universo hispánico, lleva décadas atendiendo este tipo de publicaciones. Basta recordar la densidad de *Estructura y cambio social. Libro homenaje a Salustiano del Campo* (2001) o el interés de *Reflexiones sociológicas. Libro homenaje a José Castillo Castillo* (2004). Dos excelentes panoramas del quehacer sociológico de la época.

La universidad alemana acuñó también la palabra *Gedenkschrift* para referirse a los homenajes póstumos. Estas «publicaciones en memoria» son menos frecuentes pero, curiosamente en muchos casos, como sucede con el libro que nos ocupa, tienen no solo un interés retrospectivo sino prospectivo. Volviendo al CIS, no se puede olvidar *Escritos de teoría sociológica. En homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga* (1992). Un sentido e inteligente aplauso a un brillante profesor fallecido a los cuarenta y ocho años. Se agavillaron sesenta y dos colaboraciones con lo mejor de la sociología española.

Lo que ahora nos concita es rendir homenaje al fundador y mantenedor de la moderna psicología social española de corte sociológico. Dar cuenta y razón, parafraseando a Ortega y Gasset, de la vida y obra de José Ramón Torregrosa Peris (Játiva, 1940-Madrid, 2016). Testigos de su vida han compilado un volumen que, más allá de dar testimonio del maestro, amigo y colega fallecido, está destinado a convertirse en referencia insalvable para quienes estén interesados en el devenir de la psicología social.

José Luis Álvaro Estramiana ha coordinado la producción de estas páginas con la colaboración de Joelle Ana Bergere, Alicia Garrido y Sagrario Ramírez. Han realizado el considerable esfuerzo de edición —a pulmón como dicen los argentinos— que requieren siempre este tipo de compilaciones. Brillantes docentes e investigadores pertenecen a la segunda generación de profesores del Departamento de Psicología Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología (FCCPPS) de la Universidad Complutense (UCM). Un departamento ideado, montado y dirigido por Torregrosa desde los mismos albores de la Facultad.

Antes de entrar en el contenido de este volumen conviene advertir que tenemos la fortuna de estar ante un objeto agradable a la vista y al tacto. Algo infrecuente en editoriales institucionales. La atractiva portada, realizada por Roberto Turégano, muestra una partida de go. Este milenario, complejo y sofisticado juego de estrategia chino proporciona una adecuada metáfora a las sutilezas de la interacción social. Por otro lado, el formato escogido, la tapa blanda y la comedida extensión, no llega a las cuatrocientas páginas, completan la presencia de un libro que se puede exhibir sin complejos sobre la mesa del despacho.

Comienza *La interacción social* con la presentación de Cristóbal Torres Albero, presidente del CIS cuando se fraguó este volumen. Alumno de Torregrosa en la asignatura de Psicología Social, deja un testimonio de admiración intelectual y cariño personal que extiende a Ángeles Durán. Condíscipula, novia, colega, madre de sus hijos y Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política otorgado por el CIS en 2018. Una segunda presentación a cargo de los ya citados cuatro profesores del Departamento de Psicología Social se refiere al trazado académico del que fue su maestro y colega. Añaden un calificativo que el lector volverá a encontrar repetidas veces a lo largo y ancho de este volumen: Torregrosa era, además, «una persona buena».

Dos bloques marcan y ordenan el material con el que se ha construido este homenaje. El primero recoge lo que podríamos denominar *personalía*. Catorce aportaciones de personas que conocieron y trataron al homenajeado tanto en la vertiente personal como intelectual.

Herbert Kelman, Colin Fraser, Josefina Zaiter, Tomás Ibáñez, Mikel Villareal, Jokin Apalategui, Andrés Rodríguez, Luis de la Corte Ibáñez, Florencio Jiménez Burillo, José Luis García Molina, José Luis Rodríguez, Juan Díez Nicolás, José Almaraz, Miguel Beltrán y Manuel González de Chávez dan forma a un mosaico que ilustra los sobresalientes logros intelectuales alcanzados por Torregrosa. Ante el lector se despliegan encuentros, seminarios, congresos, cursos de verano realizados a lo largo de los años. En esta primera sección se abren las puertas a los años juveniles, a la consolidación académica y a la expansión internacional de su prestigio académico.

El segundo apartado recopila dieciséis contribuciones. Aquí el acento está puesto en el contenido de su obra. Una obra en la que no escasean los textos compartidos. Se busca presentar investigaciones y publicaciones. Aun así, en las formas colaborativas —desde conversaciones de mantel hasta coescritura— se traslada al lector los reflejos tornasolados de las vivencias acaecidas con un maestro que regalaba con generosidad conocimiento, experiencia y visión del mundo.

Como leemos en la contraportada: «Se recogen trabajos inéditos sobre algunas de las principales líneas de investigación desarrolladas y promovidas por José Ramón Torregrosa a lo largo de su vida: epistemología, teorías psicosociológicas e historicidad (Anastasio Ovejero, Lupicinio Íñiguez, Amalio Blanco, Luis de la Corte y Juan José Caballero); interaccionismo simbólico (Teresa González de la Fe); identidad personal, valores y psicosociología política (Joelle Ana Bergere, Modesto Escobar, Concepción Fernández y Hector Grad); trabajo, desempleo y salud mental (Esteban Agulló, José Antonio Llosa y Siverio Agulló, y Alicia Garrido y José Luis Álvaro); emociones (Eduardo Crespo); sociología clínica y psicología social de la salud (Vincent de Gaulejac y Fernando Yzaguirre, y Rafael González y Blanca Lozano); y nacionalismo (Sagrario Ramírez y Juan García-García)». El cierre del volumen corre a cargo de Ramón Pelegero, conocido por el gran público como Raimon.

Primera y segunda parte crean un poliprisma que visibiliza con mucha claridad la más de media docena de grandes líneas de investigación puestas en marcha por Torregrosa a lo largo de su carrera. Al mismo tiempo, queda expuesta la calidad humana, los múltiples logros académicos e intelectuales y la extensión de la influencia de un Torregrosa, insistamos, siempre dispuesto a compartir la autoría de su actividad. Por otro lado, conviene advertir que cada uno de los textos aquí reunidos tiene entidad propia y puede ser leído por separado, como una pieza independiente. Algo que facilita una lectura del tirón, de principio a fin, o un acercamiento a saltos impulsados por intereses concretos o momentáneos. El efecto de agarre no pierde fuerza. (No deja de ser curioso que mientras la segunda parte ordena por orden alfabético las contribuciones, como es habitual en la Academia, la primera no lo haga).

Destaca en este volumen la infrecuente riqueza informativa en torno a la biografía del homenajeado. Si tomamos como referencia los textos, antes aludidos, dedicados a Salustiano del Campo, José Castillo o Luis Rodríguez Zúñiga, apenas encontraremos información en torno a sus vidas. No se trata de buscar el chisme morboso sino de entender mejor una obra al engazarla en su contexto vital. Felicitaciones, otra vez, a quienes han coordinado este volumen sin miedo a recopilar datos biográficos. Un bien tan escaso en las ciencias sociales españolas.

Para una lectura atenta a la perspectiva biográfica, abrir *La interacción social* por la última colaboración es como encender la luz. En ella, Ramón Pelegero (Pele) describe aspectos de la vida cotidiana de sus dos mejores amigos, José Ramón Torregrosa (Torre) y José Luis García Molina (Cote). Tres adolescentes muy amigos de Játiva (Valencia) que en 1950 —po-

breza y franquismo duro— entran en el instituto de esa pequeña ciudad del interior levantino. Obtienen buenas notas, consiguen becas y quieren saberlo todo. En sus casas, como en la de tantos españoles, apenas hay libros, pero se espabilan, compran los que pueden y van al cine, aprenden música, juegan al ajedrez, patean la calle y, sobre todo, discuten, lo discuten todo. De entonces debió sacar Torregrosa ese gusto por la discusión que conservó hasta su muerte.

Pele —con becas— y Cote se irán a estudiar a Valencia. El primero se convertirá enseguida en Raimon y seguirá una carrera de éxito. Cote será miembro del grupo inaugural del Departamento de Psicología Social. Becario en París de la Fundación Juan March y funcionario del Instituto Nacional de Empleo (INEM).

Si de Raimon pasamos a Manuel González de Chávez avanzamos un poco en el tiempo hasta encontrarnos «a finales de los años cincuenta en el Colegio Mayor José Antonio de la UCM». Torregrosa lee, discute, hace deporte, juega al ajedrez, escucha música y coorganiza una huelga de hambre ante el deterioro de la calidad de la comida. González de Chávez, futuro psiquiatra, y él serán expulsados del colegio mayor. Con el nuevo curso ambos tendrán que buscarse habitación en alguna de las múltiples pensiones que existían en el Madrid de la época. Con el paso del tiempo, González de Chávez, respetado psiquiatra, franqueará la entrada de Torregrosa en el Partido Comunista de España (PCE).

En la primera parte, la aportación más densa y larga es la de Juan Díez Nicolás. Conoce a nuestro protagonista en la entonces Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales de la Universidad Complutense. «Era una auténtica enciclopedia andante, con una gran capacidad analítica, lo que finalmente le llevó a abandonar el comunismo cuando el PCE fue legalizado en 1977». Para situarnos en el tiempo de encuentro de Torregrosa con Díez Nicolás es necesario recordar que comienzan los años sesenta. La Unión Soviética ha crecido muy aprisa y, entre otros avances tecnológicos, destaca el de haber tomado la delantera espacial. La industria militar es tan variada como potente. Se dice que sus divisiones acorazadas pueden llegar a los Pirineos de una tirada. España crece y reduce las desigualdades sociales. El actor político más importante y prestigiado de oposición al franquismo es el PCE.

En esos años Estados Unidos era la meca de la psicología social. En la Universidad de Michigan habían ampliado estudios José Jiménez Blanco y Juan Díez Nicolás. Como escribe este último, en Michigan se «ofrecía el mejor programa de doctorado en Psicología Social. Allí estaban Theodore Newcomb y toda la escuela de Kurt Lewin con Cartwright y los expertos en grupos pequeños». Torregrosa, ya entonces empeñado en aprender psicología social, consiguió entrar en 1964 en el Institute for Social Research con Herbert C. Kelman como *advisor*. Al volver de la Universidad de Michigan con el apoyo de Díez Nicolás se integra en el Instituto de la Opinión Pública (IOP) y más tarde en el Instituto Nacional de Ciencias de la Educación (INCIE). En 1973-1974 vuelve a la Universidad de Michigan.

En 1971 se crea la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM y en 1975 se pone en marcha el primer plan de estudios con las dos titulaciones separadas. En esos años Torregrosa tuvo el talento de montar un equipo al que supo transmitir su entusiasmo por la psicología social. A mí no me conocía de nada. Entré en el departamento a través de unas casualidades que no tienen espacio en estas líneas. Enseguida percibí que nadie sabía tanta psicología social como él. Tenía una calidez y una consistencia muy cautivadoras. Su biblioteca, montada en las famosas librerías de Esquitino, era ya entonces gigantesca. (En 2018 su esposa e hijos donaron diez mil volúmenes a la FCCPPS de la UCM).

En 1981, Torregrosa, conmigo como secretario y conferenciante, organizó el mítico Primer Seminario de Psicología Social en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIIMP). El

esplendor veraniego del Palacio de la Magdalena y la cantidad y calidad de los participantes impresionaron. Kelman no acababa, como señala en su texto, de entender de dónde salían tantos y tan bien informados psicólogos sociales. Por otro lado, la discusión metódico-epistemológica que tuvo lugar entre los ponentes Henry Tajfel y Rom Harré ha pasado a la historia de la disciplina. En 1995, Kelman recibió un doctorado *honoris causa* concedido por la UCM a instancias de Torregrosa, el cual fue a su vez invitado a participar en la *Festschrift* del norteamericano con un capítulo titulado «Social Psychology: Social or Sociological».

El Departamento de Psicología Social fue creciendo al tiempo que la actividad de su director se multiplicaba. Por una parte, contribuía al desarrollo de la disciplina en distintas partes de España y tendía puentes con Iberoamérica y, por otra, conectaba con las universidades de Oxford y Cambridge. Es importante anotar la incorporación al doctorado y al departamento de las primeras generaciones de estudiantes y profesores formados en el mismo. La expansión fue multidireccional. En 1990 montamos Torregrosa y yo *Interacción Social*. Salieron cuatro números con cuidadas contribuciones y mucho voluntarismo entre 1991 y 1994. Al tiempo de mi cambio de área de conocimiento y de universidad cesó su publicación en 1995.

Aunque se desprende de la lectura de estas páginas, conviene resaltar la independencia y capacidad autorreflexiva de Torregrosa en la elección de líneas de investigación. En los años en que consolidaba su propia carrera académica, el clima intelectual de la FCCPPS no era propicio al interaccionismo simbólico. La posición de George Herbert Mead podía considerarse un cuerpo extraño tanto para neopositivistas como funcionalistas o marxistas. En la facultad, el potente grupo de marxistas y estructuralistas adheridos estaba convencido de que la estructura social y económica determina en última instancia el comportamiento social e individual. Mead, Blumer o Denzin entienden que el comportamiento está contextualizado, pero su visión del comportamiento social va más allá de un determinismo económico vinculado a la infraestructura material. Algo semejante puede afirmarse de Charles Horton Cooley, quien coincidió tres años con Mead en la Universidad de Chicago. En su crucial contribución al interaccionismo simbólico se pueden rastrear ideas de Adam Smith, en lo que respecta sobre todo a la consideración del «papel del otro» y a su famoso concepto denominado *looking glass self*.

Del mismo modo, la opinión sobre el nacionalismo de Torregrosa, y acerca de las otras líneas de investigación en las que no es posible entrar ahora, vista desde la psicología social, está cargada de independencia de criterio. Mantuvo sus campos de investigación y estuvo atento a novedades desprendidas del paso del tiempo. De ahí su contribución, inesperada para algunos, a la sociología clínica. Como diría Díez Nicolás, le siguió preocupando España, la psicología social y, creo yo, interesando la prosa de Ortega y Gasset.

por Bernabé SARABIA
sarabia@unavarra.es

Bibliografía

- VV.AA. (1992). *Escritos de teoría sociológica. En homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*. Madrid: CIS.
- VV.AA. (2001). *Estructura y cambio social. Homenaje a Salustiano del Campo*. Madrid: CIS.
- VV.AA. (2004). *Reflexiones sociológicas. Homenaje a José Castillo Castillo*. Madrid: CIS.